



TRAJES SICILIANOS.—MILANDERA.

## LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Conclusion.)

Así se oculta, se recoge y parece que se apaga la llama de un incendio; pero el soplo mas ligero la hace brotar de repente mas voraz y mas intensa.

Y es lo cierto además que si Juan Perez habia podido olvidar á Cecilia, nunca tuvo lugar en su corazon para otra mujer.

Y por último, el amor es vengativo y habia reunido aquel dia todas sus fuerzas para vengarse cruelmente de la indiferencia del soldado.

Hemos dicho que estaba resignado, y así era la verdad. No culpaba al cielo, ni á la tierra, ni á los hombres. Su dolor tenia una fórmula que la resignación habia puesto en su boca:

«Soy desgraciado.»

Así lo pronunció besando por última vez la sepultura de su madre; y Cecilia, que estaba á su espalda, pálida y deshecha en llanto, cayó de rodillas junto á él y exclamó:

«Somos desgraciados.»

Juan Perez se puso de pié.

—¿A qué has venido! le dijo con tristeza.

—Todos los domingos vengo á rezar sobre esta sepultura, y hoy es domingo.

Juan Perez sacudió tristemente la cabeza.

—Juan, te creía muerto.

—Ya lo ves, contestó el soldado.

—Era sola en el mundo, continuó la jóven enjugándose las lágrimas con la punta de su delantal.

—¡Sola! murmuró Juan Perez.

—Valentin era tan bueno... me amaba casi tanto como tú...

—Esto es un castigo, Cecilia; yo perdí la fé de nuestro cariño... casi te olvidé.

—¡Ah, yo nunca! exclamó la jóven poniéndose de pié y levantando los ojos al cielo; Dios sabe que he rezado por ti todos los dias.

—Abrazame, dijo el soldado tendiéndole los brazos.

Cecilia dobló su hermosa cabeza y permaneció inmóvil.

—Abrazame, volvió á repetir Juan Perez; somos hermanos y mi madre nos ve.

Y la jóven dando un salto se colgó del cuello del soldado.

Y abrazados lloraron.

Y Juan Perez, haciendo un esfuerzo, apartó suavemente de su cuello los brazos de Cecilia, porque era imposible resistir de otro modo.

Los ojos de Cecilia no eran azules ni negros: eran de esos ojos en los que se reflejan todos los colores; ojos garzos, llenos de viveza, rasgados y suaves, en los que las lágrimas tienen una espresion irresistible; ojos cuyas largas pestañas sombrean las mejillas como un velo de castidad y de pureza.

Y en la mirada de aquellos ojos estaba suspensa toda el alma de la jóven; y su frente morena y tersa se levantaba hasta descansar sobre el hombro robusto del soldado; y el aliento de su boca encarnada como una rosa á medio abrir, y los latidos de su corazon, y el temblor de sus brazos redondos y desnudos; todo esto lo sentia el soldado dentro de su corazon, lo percibia por todo su ser, y desfallecia y se abrasaba.

Y Cecilia no tenia fuerzas para separarse de aquel hombre tan querido y tan llorado, y temblaba toda y se estremecía hasta el fondo de su alma; porque tambien, como el soldado, se sentia desfallecer y abrasar.

Y este abrazo, sin embargo, pudo verlo Dios sin enojo, y la madre de aquellos huérfanos sin pesar.

Al fin se separaron.

—Cecilia, esta vez es para siempre.

La jóven comenzó á sollozar.

—Juan, tengo que pedirte un favor, dijo con ánsia, después de algunos minutos de doloroso silencio.

Juan Perez no contestó; pero en sus ojos leyó la jóven que podia pedirlo todo.

—Cuando se ponga el sol, continuó Cecilia, nos daremos el último adios.

—Yo he presenciado muchas batallas, exclamó Juan Perez; he sentido el frio de la muerte dentro de mis huesos; he visto la eternidad delante de mis ojos mas negra que un abismo, y no he tenido miedo; pero al separarme de ti soy cobarde, quisiera morirme... Cecilia no tenemos á Dios.

—Yo tengo un hijo, prosiguió la jóven, como si no hubiera entendido lo que acababa de decir el soldado. Esta noche le darás un beso y partirás para siempre.

Juan Perez se resignó, y Cecilia se dirigió lentamente hácia la puerta del cementerio.

Así queria esta mujer inmensamente tierna enlazar en un beso su amor de mujer y su amor de madre; así queria estrechar al hombre de su cariño con el hijo de sus entrañas; queria purificar su pena y santificar su amor. Y queria además dar tiempo á una despedida, para la que necesitaba todo su valor y todas sus fuerzas.

5 DE AGOSTO DE 1855.



Cuando llegó á la puerta del cementerio iba diciendo: «¡Dios mío, cuánto le quiero!...» Y al perderse detrás de la tapia, volvió Juan Perez la cabeza, y exclamó oprimiéndose la frente con las dos manos: «¡Madre mía, por qué la he perdido!...»

## V.

## PARA SIEMPRE.

Era domingo, y al oscurecer se reunían en la iglesia todos los vecinos de la aldea como una grande familia á rezar el rosario, y no faltaban á esta costumbre piadosa mas que los enfermos; de manera que al toque de la campana quedaban desiertas las calles y las casas.

Juan Perez llegó hasta la punta de la casa del sacristán sin encontrar á nadie. Aquella era también la casa de Cecilia. Empujó suavemente y penetró en la entrada. A su frente se alargaba el hogar desierto, y á su derecha vió una puerta entreabierta, y entró.

Era una pieza casi cuadrada que recibía la luz por una de las dos ventanas que decoraban la fachada de la casa. Había una mesa de pino sobre la cual descansaba un crucifijo de bronce; un arca también de pino que ocupaba el ángulo derecho. Inmediato á la ventana cuatro sillas arrimadas ordenadamente á la pared, y el sillón de baqueta de la madre del sacristán colocado en medio y dando frente á la ventana. Había además en uno de los ángulos interiores sobre la pared mediana con la iglesia, una cortina blanca, detrás de la que se ocultaba la puerta angosta que ponía en comunicación la casa del sacristán con la sacristía de la iglesia.

Cuando Juan Perez entró, Cecilia estaba de pie, y sobre una piel de cordero negra y lanuda tendida debajo de la ventana, estaba sentado el pequeño Valentin, el niño de dos años, el hijo de Cecilia, haciendo saltar entre sus dedos sonrosados una manzana tan limpia y amarilla como la cera.

Juan y Cecilia se miraron en silencio, y el niño alzó su graciosa cabeza, mirando con asombro aquel hombre, cuyo vestido veía por primera vez.

Aquellas dos almas tan enamoradas y que iban á separarse para siempre, parecían tranquilas.

Después de algunos momentos de silencio, Cecilia apartó los ojos del soldado y le dijo con tristeza:

—Juan, siéntate.

—Soy ave de paso, contestó Juan Perez. Ave sola perdida en el espacio, que no tiene donde reposar. Todo lo he perdido en el mundo... ¡Quién cerrará mis ojos!... ¡Quién irá á llorar sobre mi sepultura!... ¡Para qué nací! ¡Por qué te he vuelto á ver, Cecilia, si he de cegar para siempre!

La joven le asió del brazo llorando. Todo el dolor de Juan Perez lo sentía ella en su corazón: amaba al soldado con toda su alma: acaso había nacido solamente para amarle; y queriendo consolarle, cuando á ella empezaba á faltarle la resignación y el consuelo, exclamó imprudentemente.

—Juan, ¿me amas?

—Con toda mi vida... no me mires así. Siento tus ojos que se clavan en mi alma, y sube de mi corazón una cosa que me ahoga. Descansa por última vez tu cabeza sobre mis hombros.

En aquel momento se levantó suavemente la cortina blanca, y sin ser sentido apareció Valentin, pálido, con los ojos hundidos y los labios trémulos, y se quedó inmóvil, medio oculto detrás de la cortina.

Juan Perez había rodeado con sus brazos la cintura de Cecilia, tenía clavada en ella su mirada ardiente, la devoraba, la oprimía y la pobre joven luchaba sin fuerzas.

Aquella era una escena muda, cuyo interés es imposible describir. Cecilia se deshizo de los brazos de su amante trémula, afligida, desesperada, con esa desesperación que siente la mujer cuando comprendiendo su debilidad no puede dejarse vencer.

Juan Perez bajó los ojos de pesar y de vergüenza.

—Juan, dijola joven, somos hermanos.

—Es verdad, hermanos que deben separarse para siempre; y alzando al niño en sus brazos, lo suspendió como una pluma, lo besó en la frente y lo depositó en el regazo de su madre.

—¡Adios! dijo Juan Perez.

—Espera, murmuró Valentin adelantándose con trabajo y con una voz que parecía un estertor.

Cecilia y Juan Perez se quedaron mudos de asombro, porque Valentin estaba lívido, convulso, respiraba con angustia y se derramaba de sus ojos una luz fría, agonizante y con la boca entreabierta, los labios secos y azules, y los brazos tendidos hacia la puerta, por la cual trataba de salir Juan Perez, parecía un cadáver que se agitaba dolorosamente por un impulso galvánico.

—Espera, continuó con voz sorda y profunda, Cecilia... no lo dejes

partir. Si yo pudiera, añadió apoyándose sobre el respaldo del sillón me abrazaría á él para detenerlo, pero no puedo... no tengo fuerzas...

Cecilia, sin pronunciar una palabra, se acercó á su marido, y con una mirada llena de angustia quiso penetrar en el alma de Valentin, pero se espantó al contemplar de cerca aquellos ojos, aquella palidez, aquella respiración precipitada y ansiosa.

—Acércate, dijo á Juan Perez, y tú, Cecilia. Ayudadme.. sentadme. Y rodeando el cuello de Cecilia con su brazo izquierdo, y apoyando su mano derecha sobre el hombro del soldado, se dejó escurrir hasta sentarse en el sillón.

—Ahora, dijo, me voy á vengar.

Cecilia se estremeció, y Juan Perez dobló la cabeza.

—Todo lo sé, continuó con mas ansiedad. ¡Pobres hermanos!... Juan, ella no te ha olvidado un momento; hace dos años que sigo paso á paso su dolor... ¡Cuántas veces han caído sobre mi pecho las lágrimas que derramaba por tí!

—Yo sentía, prosiguió lentamente y poniéndose la mano sobre el corazón; yo sentía aquí agitarse el germen de una enfermedad mortal. No llores, Cecilia, dijo volviendo á su mujer sus ojos apagados. Juan Perez vive, ha vuelto... Dios lo ha dispuesto así. Dame á mi hijo... ¡pobre hijo mío! Tú serás su padre, Juan... porque yo, dijo con esfuerzo sobrehumano, os dejo para siempre.

Cecilia arrojó un grito y cayó de rodillas delante de Valentin. Juan Perez sollozando sostenía la cabeza del moribundo, y el niño sentado sobre las rodillas miraba con espanto lo que pasaba á su alrededor sin poderlo comprender.

Valentin conoció que llegaba el momento supremo, sentía que faltaba aire para su pecho. Tendió las manos convulsivas y crispadas buscando algo que sus ojos no alcanzaban á ver: primero encontró la mano de Cecilia, después la de Juan Perez.

—Vosotros me lloraréis toda la vida, dijo con una voz que parecía un soplo.

Cecilia se deshacía en sollozos, gruesas lágrimas caían aplomo de los ojos del licenciado sobre la cabeza de Valentin.

De repente se estremeció sobre el sillón el infeliz organista, se incorporó, paseó una mirada ciega por su alrededor, y exclamó con palabras entrecortadas:

—Dios me perdonará... porque dejo... en el mundo... quien me lloré todos los días...

Entonces juntó las manos de Cecilia y de Valentin, y murmuró:

—Así... así... Ahora... estoy vengado...

Y cayó su cabeza inerte sobre el respaldo del sillón, que crujió sordamente, y á los dos extremos de su boca mal cerrada asomaron dos gotas de sangre, que se cuajaron á un tiempo.

En aquel momento se apagaba el sol completamente, y llegaba lento y triste el rumor de la gente que rezaba en la iglesia.

—¡Ha muerto! exclamó Juan Perez.

—¡Muerto! repitió Cecilia fuera de sí.

—Este cadáver es santo.

—Es el de un mártir.

Y la infeliz viuda abrazó á un tiempo á su hijo y al cadáver.

Juan Perez enjugó sus ojos.

—Cecilia, rezaremos por él todos los días.

—Sí, todos los días.

—¡Adios! dijo Juan Perez entreabriendo la puerta.

—¡Adios! sollozó Cecilia.

—Para siempre...

—Para siempre...

## CONCLUSION.

El cabo Suarez y el sargento Pelao se aborrecían de muerte, pero no impedía esto que visitaran juntos la taberna pintada de la calle de San Vicente, y que mano á mano bebieran aguardiente y juraran por todos los santos del cielo y por todos los demonios del infierno.

Y esto solía suceder comunmente por la tarde, después de la lista. Y estaban á la puerta de la taberna los dos el día 20 de octubre de 1840, al caer el sol, y el cabo Suarez exclamó de repente mirando al extremo de la calle, que concluye en la muralla:

—Mi primero, aquel es Juan Perez.

—No veo, dijo el sargento tambaleándose.

Juan Perez era, y llegó á la puerta de la taberna.

—A tiempo, exclamó el cabo ofreciéndole un vaso de aguardiente. Juan Perez se dirigió al sargento.

—Mi primero... me vuelvo al regimiento.

—¿Te vas á enganchar?

—Para toda mi vida.

—¡Bravo! exclamó el sargento, á la salud del recluta, y empujó el vaso por vigésima vez.



El cabo Suarez apartó á Juan Perez á la distancia de dos pasos de la puerta de la taberna, y le dijo al oído:

—¡Y Cecilia!

—No me la nombres mas... Todo ha muerto para mí...

—¿Y te vuelves al regimiento?

—Para toda mi vida.

—Mejor hubieras hecho en ahorcarte.

—Tengo que vivir...

—¿Por qué, si eres solo en el mundo?

—Porque... dijo Juan Perez, porque tengo que rezar.

El cabo Suarez soltó una carcajada, y Juan se encogió de hombros, y fué á que le dieran de alta en la compañía del sargento Pelao.

JOSÉ DE SELGAS.

Madrid julio de 1835.

## EL FUMADOR DE HAQUIC

### Ó HISTORIA DE UN GRANO DE TRIGO.

(Conclusión.)

—Manda á tu hija que le pregunte donde tiene sus granos provisionalmente.

La mujer del bey se fué á su hija y la aconsejó que desplegara todos los recursos de la coquetería para obtener la revelación de un secreto que interesaba no solo á la familia, sino al Estado.

¿Es mas provechoso para el hombre el ser loco que razonable? tal es nuestra pregunta.

Bakir-Bu-Djalula, arrojado de pronto fuera de su vida contemplativa, marchaba por la primera vez por el camino de la realidad; las ideas nacían con claridad de su cerebro; oía distintamente la voz del barrach (pregonero) anunciando su suplicio en la ciudad; ¿por qué no se habia quedado en su tienda?

Sin embargo, se decidió á jugar el todo por el todo. En cuanto se volvió al cuarto nupcial, dió una mirada de admiración á su mujer luego se sentó á su lado, y la encontró llena de gracias. El amor habia penetrado en su corazón, sentía mucho la muerte. A veinte años se olvidaba hasta el pensamiento de la muerte, junto á una mujer amada; un apretón de manos disipó su melancolía como por encanto.

Lella Sicambor (este era el nombre de su mujer) tomó una derbuka (tambor de cristal), y dejando caer sus ágiles dedos sobre la piel del instrumento, marcó el compás de un canto nacional. Al preludio del canto, el marido mezcló los acentos de su voz. Una hora después la jóven esposa le preguntaba con zalamería, por qué tardaba tanto en descubrir sus tesoros, por qué hacia un misterio de una cosa tan natural, y por qué en fin, dejaba á su esposa querida en las angustias de la incertidumbre.

El príncipe de un día besó en la frente á la bella curiosa, y luego metiéndose los dedos en la boca, sacó de ella un grano de trigo, y respondió.

—¡Este es mi capital! con la ayuda de Dios podemos ser los mas opulentos del mundo.

La hija del bey se puso pálida y se desmayó; ¡su marido estaba loco!...

Bu-Djalula al tomar posesion del suntuoso aposento que le habia dado el bey en su palacio, no se habia olvidado de trasladar allí la jaula de su ruiseñor favorito. Lella Sicambor no tenia mas que un defecto, pero un defecto terrible para un marido amante del reposo, era celosa. La predileccion que manifestaba Bu-Djalula por su pájaro melodioso, la habia parecido un ultraje para ella, y como la mujer es vengativa, se habia apresurado á aprovecharse de la ausencia de su marido para abrir maliciosamente la puerta de la jaula donde estaba encerrado el odioso ruiseñor. Seducido ya por la vista de los naranjos, los granados y los mirtos, cuyas ramas se mecían junto á la ventana donde estaba la jaula, el ruiseñor no titubeó en aprovecharse de la libertad que le acordaban, y de un vuelo llegó á un granado en flor, pareciendo dar gracias con sus cantos á su bella libertadora.

Sin embargo, Lella Sicambor estaba un poco inquieta por las resultas que podia tener su pequeño golpe de estado, que habia tenido lugar pocos momentos antes de la conversacion que acaba de ser relatada. Los sintomas de enagenacion mental que Bu-Djalula habia manifestado delante de ella habian aumentado la ansiedad de su alma.

En toda la noche los jóvenes esposos no pronunciaron una sola palabra; solo Bakir pudo cerrar los ojos. En cuanto el alba deslizó su luz naciente sobre el lecho nupcial, Bu-Djalula bajó á los jardines del palacio. Cerca de los bosquecillos de jazmin habia una plataforma de mármol blanco, que solo estaba abierta por el lado de Oriente; allí iba todos los dias Daly-bey á cumplir sus prácticas religiosas.

Bu-Djalula fué tambien y principió una ardiente plegaria, supli-

cando al Altísimo que cerrara el abismo que la fatalidad habia bajo sus pasos. Antes de ponerse á rezar habia dejado sobre el mármol delante de él, el mágico grano de trigo, origen de sus visiones y causa singular de su efímera grandeza. Siguiendo el rito tradicional de los fieles oradores del profeta, se arrodillaba y se levantaba alternativamente recitando los versículos del Alcoran. Acababa de prosternarse sobre el mármol por tercera vez y le besaba con fervor, cuando el ruido de las alas de un pájaro le hizo levantar los ojos de repente. ¡Grande fué su sorpresa cuando descubrió á pocos pasos de distancia á su ruiseñor favorito sobre una mata, deleitándose en comer el pobre grano de trigo. Bien que los vapores condensados por el haquic en su cerebro exaltado comenzara á disiparse, Bu-Djalula consideraba siempre aquel grano de trigo como una especie de talisman, cuya pérdida debia precipitar el terrible desenlace, en el cual no podia pensar sin estremecerse de espanto. Pero ¿cómo habia podido escaparse el ruiseñor? ¿Qué fatalidad habia querido que fuera á parar justamente sobre el mármol donde Bakir habia depositado su grano de trigo? Bu-Djalula se encolerizó con esa ira frenética propia del aficionado al haquic, y exclamó rabioso:

—¡Ah! miserable, ingrato, no solo me abandonas, no solo olvidas mi amor y mis cuidados, sino que te atreves á robarme mi última esperanza. ¡Te cogeré muerto ó vivo!...

Y en seguida sube á su cuarto, toma una escopeta, baja, y se precipita á buscar el desertor. El ruiseñor á la vista de su amo, despliega sus alas, suelta un grito y pasa sobre los muros del palacio en la direccion del Codiát-Ali (Oeste de Constantina). Bu-Djalula corre á la montaña donde vegetaba un antiguo olivo medio quebrantado por los vendabales. El corazón de Bakir late violentamente al acercarse al árbol, pues apenas se atreve á esperar que en él haya detenido su vuelo el fugitivo. Se oye un ligero silbido de repente, y el pájaro se escapa del olivo, en direccion al Sur, pero su vuelo no es muy rápido, y hasta se diria que se complace en permanecer como inmóvil en el espacio, esperando á que se acerque su amo. Sin embargo, no se pone nunca á su alcance, como si conociera el peligro con que le amenaza el arma de Bu-Djalula. Todo el día Bakir corrió detrás de su presa; era entonces la época de los dias mas largos del año, y cuando vino la noche, Bu-Djalula se hallaba sin fuerzas, rendido de sed y de fatiga.

Habian llegado, en fin, á un valle delicioso, lleno de sombra y de verdura mantenida por un límpido arroyuelo. El ruiseñor, no menos cansado que su amo, cae sobre una morera que dominaba aquel oasis en miniatura.

—¡Ah! ¡picaro animal! decia Bu-Djalula apagando su sed por entre unas matas de laureles: al cabo puedo acercarme á tí... ¡tu muerte dejará satisfecha mi venganza!...

Ya su dedo se apoya en el gatillo, se acalló el cantante alado. Pero de repente oye un ruido parecido al que produciria un caballo á escape. Bu-Djalula temiendo que llegue un enemigo se oculta entre unos matorrales, con los ojos clavados en la direccion por donde se oye el ruido. Bien luego distingue un hombre alto, robusto, con los ojos ardientes y una escopeta al hombro. ¿Qué quiere en aquellos lugares solitarios. Bu-Djalula, inmóvil y conteniendo la respiracion, le observa con ansiedad. Al llegar cerca de los laureles, el desconocido pára el caballo, mira en torno suyo con ojos escudriñadores y trata de descubrir si habrá por aquellos sitios algun otro viajero. Seguro de que nadie presencia sus acciones, se apea al borde del arroyo. Cerca de allí habia una piedra enorme: el desconocido la levanta y la separa con una facilidad que anuncia una fuerza poco comun; debajo habia un hoyo. Bu-Djalula ve que descarga después una maleta y que la deposita con cuidado en el hoyo, no hay duda, aquel hombre entierra algun tesoro.

En el momento en que se inclinaba sobre la zanja, Bu-Djalula pudo distinguir mejor sus facciones. Aquel hombre misterioso es Bu-Ra'ad, el caid de los Seguias; está delante del rebelde contra quien debia marchar en persona el bey de Constantina. Un agudo silbido del ruiseñor saca á Bu-Djalula de su asombro y le parece como un aviso de lo que debe hacer. Entonces, armándose de sangre fria, apunta al corazón á Bu-Ra'ad; sale el tiro... y el jefe árabe cae herido mortalmente, mientras el pájaro vuela con espanto.

Bu-Djalula se conmueve hasta tal punto, que se determina en él como una súbita revolucion; sus ideas se aclaran, y su razon como si despertara de un letargo profundo recobra el imperio de su inteligencia con el de sus sentidos. Lo primero que hace es prosternar el rostro en tierra para dar gracias al Altísimo, y luego corta la cabeza del caid, la envuelve en un haik y saca del hoyo la maleta. Poseedor de estos trofeos, salta sobre el caballo y galopa hácia Constantina.

La aparicion de Bu-Ra'ad en aquellos parajes le dice á Bukir que se halla sobre el territorio enemigo, y que en tanto que permanezca allí, pelagra su vida. Una hora hacia que iba corriendo por montes y por valles, cuando al salir de un estrecho barranco distingue una porcion de hombres á caballo. ¡La fuga es imposible! El desgraciado Bu-Djalula alza los ojos al cielo como un hombre que se prepara á su-



frir una muerte inevitable. Ya cree sentir en su pecho el frío acero del yatagan, cuando se oye el grito de ¡Bu-Djalula! ¡Bu-Djalula! repetido por cien bocas. Son los soldados del bey que le rodean y se apresuran á llevarle cerca de Daly-bey que seguía á sus ginetes á poca distancia.

Al aspecto de su yerno el príncipe de los creyentes frunce las cejas y se dispone como á dar alguna orden siniestra. Pero Bu-Djalula se apresura á sacar de entre los pliegues del haik la cabeza de Bu-Ra'ad y esclama:

—¡Oh, mi amo! tu esclavo había jurado no descansar ni comer hasta que te hubiera vengado de un súbdito traidor y rebelde; su deseo está cumplido, pues aquí tienes ¡oh, señor, la cabeza y los tesoros del caído de los Seguias!

La vista del oro y las pedrerías que saltan de la maleta á los pies del bey calman su cólera; pero su entusiasmo no conoce límites cuando ve rodar la cabeza sangrienta de Ra'ad (1).

—Dios es grande, hijo mío; él es quien te ha guiado y él es quien me ha inspirado la idea de casarte con mi hija querida.

Satisfecha la primera espansion de gozo, piden á Bu-Djalula que



(Mad. de Pompadour.)

cuenta cómo ha podido llevar á cabo un suceso tan maravilloso como la derrota del caído por un solo hombre, en el seno mismo de la poderosa tribu. Rara vez Bu-Djalula carecía de imaginación, y esta vez la esprimió sin escrúpulo para dar á su acción todos los colores del heroísmo mas brillante. Como sus pruebas estaban allí, no había que replicar nada; por eso todo el ejército estuvo unánime en proclamar á Bu-Djalula como el padre de los soldados, el emir de los guerreros, ¡el bendito de Dios!

La tribu de los Seguias se sometió, pagó una enorme contribucion y todos se volvieron á Constantina.

El sueño principiado junto á un campo de trigo se concluyó con un triunfo, cuyo recuerdo conserva el pueblo todavía.

A falta de su capital imaginario, Bu-Djalula llevó su tesoro en dinero, diamantes, collares y otras alhajas.

¿De qué sirve la sabiduría?

A. C.

(1) Bu-Ra'ad quiere decir en árabe terrible como el rayo.

## AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Esperad al menos que se nos abra, dijo Reginold, y tendremos un criado para guardarnos las capas.

A lo cual respondió Megret con tono burlon:—Es que no se apresuran á abrir.

—No habrán oído.

Reginold volvió á llamar; pero nadie respondió tampoco esta vez.

—¿Qué significa esto?

—Significa que no quieren abrirnos, porque no hay sino los muertos que respondan á un estrépito semejante. Ahora ¿quereis que trate de hacernos abrir? Acaso seré mas feliz que vos.

Un fruncimiento desdenoso plegó los labios de Reginold. Estaba plenamente convencido de la inutilidad de semejante tentativa, después del mal éxito de la suya. ¿Pero por qué había de rehusar una derrota á un fátuo?

El caballero Megret no golpeó brutalmente con el llamador. Introdujo la punta de la espada entre la plancha de hierro de la cerradura, y la agitó como el badajo de una campanilla. Como puede comprenderse, el ruido que hizo fué muy corto y parecía imposible que llegase hasta la casa á través del espacioso zaguán. En el tiempo en que tardaban en venir á abrir ó segun Reginold en no venir, aplicó este su ojo al de la llave y notó con un sentimiento de sorpresa, que no se escapó á Megret, un gran trineo de viaje, acompañado de dos carricoches destinados á llevar maletas. Estos preparativos de marcha, recordando las intenciones de la condesa, de dejar la Suecia si la guerra se encendía, causaron un espantoso efecto en Reginold. Su dolor se aumentó con la humillacion, pues un lacayo corrió á abrir.

—Pues que estais convencido, dijo Megret, de que á quien se abra es á mí y no á vos, ¿tendreis la bondad de no turbar mi entrada y de dejar nuestro duelo para otro día?

No se sabe si Reginold hubiera aceptado la proposicion; pero el lacayo, deteniendo á Megret en la puerta, le dijo sin ver á Reginold:

—Aun no tengo nada, señor.

—¿Cómo que no tienes nada? pero va mi vida...

—La señorita Georgina no la deja.

—¿No la deja?

—No señor: estan juntas.

—¿Qué horrible contratiempo!

Reginold desde un rincón trataba de escuchar temblando de rabia.

—Pero cuando se acueste...

—Ni aun cuando se acueste.

—Y bien, en ese caso debía de haberse acudido al gran medio... porque yo no puedo esperar...

—¿El narcótico?

—Ps... exclamó Megret, sabiendo que Reginold escuchaba.

—Y cuando duerma tomaré el molde en cera... es muy arriesgado.

—Mas bajo... habla mas bajo... sí, la sacarás en cera y me la darás.

—Ah, señor, tengo escrúpulos...

—Yo tengo veinte luises en la mano.

—Contad con migo...

—Oh Georgina, exclamó Megret dando los veinte luises al lacayo que se retiró.

En seguida Reginold, que no había oído bien mas que esta exclamacion, dijo:—Qué, amais á Georgina y no...

—La amo... es decir...

—Oh no temas confesármelo, caballero; nada de rivalidad entre nosotros, sino estimacion, confianza.

Y Reginold estrechaba las manos de Megret.

—Ah, dijo este, ¿es, pues, otra cosa lo que venis á buscar aquí vos también?

—Sí... caballero.

—Y bien, lo mismo yo, respondió Megret yéndose y dejando á Reginold en la misma oscuridad, la misma duda y las mismas angustias celosas de que se creia libre. Indignado al fin de verse burlado de tantos modos y por tantas personas á un tiempo, empleó el mismo medio que el caballero Megret para hacerse abrir la puerta. El lacayo corrió y abrió.

—Tengo orden, le dijo, de no dejaros entrar en el cuarto de la señora.

—¿Quién os ha dado esa orden?

—La señora.

—Es imposible, dejadme pasar.

—El Sr. Reginold no querrá, segun creo, obligarme á emplear la fuerza...

—Entraré...



El lacayo dió un silbido, y una nube de criados armados apareció en lo alto de la escalera.

Bien está; no insistiré, dijo Reginold; pero como presumo que no se habrá unido á esta órden la de echarme, quedará en este zaguan...

—Podeis hacer lo que os plazca.

—Todo lo sabré, pensó Reginold sentándose en uno de los bancos de piedra colocados á lo largo de la pared, sabré lo que quieren decir estos preparativos de fuga... Se me dirá aquí como se me hubiera dicho arriba, por qué se me niega la entrada, se me dirá en fin en qué derecho se funda el caballero Megret para ser recibido tan fácilmente en una casa en que se me recibe de un modo tan extraño... Se burlan de mí quizá... ¡Oh qué ideal! Pero esta órden... Debe ser una equivocación... Pero Megret ha llamado apenas cuando se le ha abierto... y y su conversacion en voz baja con el criado... ¿Será particular conocido de la condesa? ¿Dónde puede haberle visto?... me pierdo en conjeturas... ¿Será amado de la condesa? En ese caso tengo en mi mano una venganza terrible, con decirse todo al rey que ama apasionadamente á la condesa y que los castigará, á él con la muerte, á ella con el destierro... Pero esta venganza será infame para mí, murmuró Reginold indignado contra sí mismo.—Esperemos, añadió alzando los ojos al cielo, ¡esperar, oh Dios mío, esperar! el demonio ha creado esta palabra, esperar el mas cruel de los suplicios.

Mientras Reginold mascullaba este monólogo en el zaguan, la condesa de Koenigsmarck y Georgina, que ignoraba enteramente los proyectos de su señora, cambiaban entre sí palabras animadas, á las cuales la gravedad de las circunstancias daba prodigioso valor.

—Sí, señora condesa, decía Georgina, tornando á ser la verdadera Georgina, os lo repito con toda la inocencia y todo el terror de mi alma; el papel que me haceis representar me da miedo.

—¿Qué niña sois, miedo de un fantasma!

—Al contrario, es muy sério... decir al rey que le amo... á un rey...

—Y bien, ¿qué tiene eso de extraño? Luis XIV no ha oído otra cosa en toda su vida.

—Cuando no le amo...

—¿Quién os ha dicho que Luis XIV haya sido amado?

—Vos bromeais, señora condesa; pero yo, yo sufro.

—Otra cosa sería si le amárais. Oh, entonces...

—Animarle, escucharle con complacencia, con ternura... lo habeis querido... pero qué comedia!

—Pero hace falta mucho ingenio para sostenerla, y ¿á quién podia yo escoger mejor que á vos?

—Señora, no se tiene ingenio cuando hay que mentir.

—Al contrario; entonces se despliega el que se tiene.

—No se tiene ingenio, señora, os lo repito cuando hay que engañar al corazon.

—Sé que amais á ese confidente, á ese favorito de Carlos XII...

—Sí, lo sabeis, señora, y como suponeis que no sucumba al dolor si tengo aun que jugar mucho tiempo con su amor, burlarme de él cuando iguala al mío, mientras me complazco en oír los bruscos juramentos del rey?... Con dos máscaras se ahoga una... y se muere entre dos hipocresías.

—No, ni se ahoga una ni muere... usa simplemente de la coquetería.

—Vengo á suplicaros, señora condesa, y esta vez mas firmemente que nunca, que me dispenseis de este empleo superior á mis facultades, á mi corazon y á mi ingenio, cuyas fuerzas habeis exagerado comparándolas á las vuestras.

—Sois modesta, Georgina.

—Nunca fui mas sincera.

—Os conozco mejor que vos misma.

—Os engañais acerca de mi energía y de la agilidad de mi inteligencia. Cuando os ruego que no me espongaís á mentir al rey es porque conozco que no está lejos el momento en que me voy á hacer traicion á mí misma delante de él, y le dejaré ver toda la falsedad de mi alma... un solo instante puede perderme...

—Decid mas bien perderlo todo... replicó la condesa.

—Sí, señora, eso es, perderlo todo.

—Pero yo sería la primera que se perdiese si eso sucediera... pensadlo bien.

—Lo sé, señora; pero mi amistad, mi fidelidad, mi gratitud nada podrian impedir.

—Mi querida Georgina, sed mas dócil, sed mas buena, dijo la condesa después de un momento de silencio, pasando amigablemente su mano alrededor del cuello de su dama de honor.

—Yo quisiera serlo, señora.

—Qué, no os creéis bastante fuerte, bastante astuta para rodear de una cadena el cuello de ese oso, y de un cordón de seda el de Reginold? Pero eso es hasta divertido para una mujer...

—¡Oh señora! las palabras disfrazan muchas cosas en la conversa-

cion, pero la verdad es... que el amor del rey es tan verdadero como el de su favorito.

—¡Estais encantadora!... murmuró la condesa, estrechando aun mas á su cómplice; jamás desplegaís tanto carácter como cuando creéis carecer de él; vamos, amiga mia, no os afligais, yo os libraré de toda contrariedad; pero concededme solo dos meses de esta coquetería que os causa tan grande, y permitidme añadir tan ridiculo espanto.

La condesa esperó una respuesta.

Georgina guardó silencio haciendo por sonreír.

—Qué, exclamó la condesa, ni dos meses que necesito para partir en tres pedazos este reino que he puesto en vuestras lindas manos creyéndolas mas dóciles, mas fieles...

—Mas fieles... lo son, señora. Oh sí, lo son, no lo dudeis, si quereis una prueba al instante mismo; pero una prueba que no hiera mas que mis intereses, pedídmela, estoy pronta á darla como habeis dado vos la vida á mi padre haciéndole descender del cadalso en que estaba ya arrojado.

—¿Y qué prueba es esa, niña exaltada? preguntó la condesa, admirada á pesar suyo de tanta firmeza.



—Si rehuso coadyuvar mas tiempo á vuestros proyectos animando el amor del rey, puedo alejar tambien á Reginold por medio de una indiferencia afectada.

—Pero es de vuestra ayuda y no de vuestra neutralidad de lo que necesito, exclamó la condesa impacientada. Vuestros prolongados escrúpulos despiertan hartos recuerdos contra vos... y entre un enemigo y un amigo inactivo no he comprendido nunca bien la diferencia.

—Yo vuestra enemiga, señora!

—Casi, casi, una ingrata...

—Pero yo no he olvidado nada, ninguno de vuestros beneficios, señora... Oh no me llameis ingrata...

—Habeis olvidado, Georgina, que sois la hija del conde de Melander, que el conde de Melander ha conspirado contra su bienhecho, contra su señor Federico Augusto, gran Elector de Sajonia, cuando se presentó como rey de Polonia, rivalizando con el príncipe de Conti; habeis olvidado que impulsado por la Francia, por el príncipe de Conti, ó por el partido polaco que queria un príncipe de sangre francesa en el trono de Polonia, vuestro padre, el conde de Melander, ha alzado su mano contra el gran emperador Federico Augusto, y que en su mano llevaba



un puñal; todo esto fué secreto; secreto como su prision; secreto como su juicio y su sentencia en medio de la noche.

Georgina desfallecida, caída en brazos de la condesa, lloraba y suspiraba; moría de espanto recordando esta historia, sumaría pero incisivamente contada por la condesa.

—El cadalso, prosiguió esta, fué levantado en el patio de la prision durante la noche; sola vos fuisteis admitida en el calabozo de vuestro padre para darle vuestras últimas lágrimas y un último beso en cambio de su último suspiro. Os acordais de esto? Enredor vuestro no había nadie que quisiera interesarse por el conde de Melander, conspirador, traidor y regicida; qué crimen! Qué noche! No teniais mas que dos hombres delante de vos; vuestro padre y el verdugo. De pronto pensasteis en mí.

—Oh señora... señora... señora...

—El verdugo suspendió su hacha por diez minutos. Del calabozo corristeis al palacio del Elector... Os escuché, enjuagué vuestras lágrimas, noble niña! Abagué vuestros gritos en un beso, y corri mojada de vuestro llanto y del mio al cuarto del Elector... El Elector concedió la vida al culpable con las condiciones que yo pusiera... Esas condiciones las conocéis... las habeis olvidado.

—No, no, señora, están siempre aquí...

—Oh! las habeis olvidado... vuestro padre, el conde de Melander fué sacado de su prision, y al día siguiente se dijo que había sido decapitado durante la noche.

—¿Qué no os deberé yo durante mi vida!

—Y me prometisteis, es preciso que os lo recuerde, de consagrarnos, á mi durante el tiempo que fuera necesario para conseguir en interés del Elector Federico Augusto, que en mi nombre había perdonado á vuestro padre, un proyecto de los mas grandes que la política ha emprendido, la particion de un reino, la particion de la Suecia que un rey indigno de este nombre, no sabe gobernar.

—Es cierto, señora, lo he prometido...

—Puse los ojos en vos, Georgina, porque una casualidad, de que estoy orgullosa, me ha hecho casi tan bella como vos, concediéndonos casi las mismas facciones y un ingenio que el uso ha hecho quizá mas punzante en mí; pero que el empleo mas moderado, ha hecho mas original en vos. Yo proyecté, dichosa de esta semejanza, haceros pasar por mí, haciéndome pasar por vos, en la corte de Suecia, para poder ver lo que vos no vieseis. Os he dejado el papel mas brillante y he tomado el mas difícil. Sois la condesa de Koenigsmarck y soy vuestra prima de honor. Todo iba bien hasta aquí. Nada se sospecha y sabemos punto por punto cuanto se hace, cuanto se piensa, cuanto se medita, cuanto se vá á hacer. Mejor aun; arreglamos aquí los sucesos á nuestro gusto, cuando estamos prevenidas y los dirigimos en el sentido de una próxima crisis. Un suceso mas grave que todos los que hasta ahora han tenido lugar se presenta: el proyecto de Carlos XII de hacer la guerra á los reyes que le atacan. Ese proyecto ha brotado como un milagro en su cerebro exaltado por la orgía. Vengo de su palacio, lo sé todo y precisamente cuando voy á contraminar ese desastroso proyecto, cuando voy á redoblar mis esfuerzos por contener al rey en la red de seda, pero inrompible de un nuevo amor, desconocido para él que se cree bastante fuerte para vencerle, me negais vuestro apoyo... ¿Y si yo hubiera negado el mio á vuestras lágrimas cuando la hacha esperaba en el rincón del calabozo de vuestro padre?

Georgina no respondia sino por lágrimas.

—Yo había previsto vuestra defeccion, continuó la condesa, me he confirmado en mi idea desde que os vi prendada de ese Reginold. Hay almas que el amor eleva y fortalece, hay otras que abate y quiebra...

—Oh señora, exclamó Georgina alzando los ojos al cielo, vos no habeis amado nunca.

—Debiais vos ser la última en dudar que he amado.

Esta respuesta, inspirada por el reproche, fué un rayo de luz para Georgina que comprendió por primera vez á qué título la condesa había podido alcanzar del Elector el perdón de su padre.

—Yo había previsto vuestra traicion, repitió Aurora, porque en buena política todo debe verse... y he tomado mis medidas. Concediendo la vida á vuestro padre no le he concedido la libertad, que por lo demás me hubiera sido imposible concederle, porque no se le podia hacer pasar por muerto haciéndole aparecer en medio del mundo.

Esta necesidad favorecia mis proyectos sobre vos, y me aseguraba vuestra fidelidad. De su calabozo, vuestro padre fué llevado á una fortaleza en el fondo del golfo de Botahinia, sin sufrir hambre ni sed, sufre allí mucho á causa del clima y de la privacion absoluta de la libertad.

—Oh padre mio.

—Ese grito me acusa de cruel?

—No, señora, no... es el grito de mi ternura, es el acento irresistible de mi dolor...

—Sin ser enteramente dueña de la suerte de vuestro padre puedo

dentro de algun tiempo obtener cierto endulzamiento á su prision, luego algo mas de libertad, luego...

—Oh gracias, señora, qué reconocimiento...

—En fin, su completa libertad.

Georgina cayó bañada en lágrimas á los piés de la condesa.

—Me comprendeis, querida Georgina?

—Sí, señora.

—Quereis continuar, pues me habeis comprendido, sirviéndome como fiel amiga?

El mandato, las caricias, las adulaciones, las seducciones, las amenazas, las lágrimas se cruzaban continuamente, se las veia en los ojos y en la boca de la condesa.

—Haced de mí lo que querais, señora.

—Dentro de un año, vuestro padre, el conde de Melander, será libre, dijo con alegría la condesa á Georgina; dentro de un año sereis quizá la esposa de Reginold, si como tengo motivo para creer, ese jóven es por su nacimiento digno de vos, pues hay misterio en torno de él. Lo sabemos todo aquí excepto lo que le concierne. Oh, por qué teneis ese medallon en vuestro collar de ambar gris? Preguntó con sorpresa la condesa á su linda dama de honor; qué extraño adorno!

—Es un amuleto, respondió Georgina. Cuando me separé de mi familia para seguirus, mi tio materno me le ató á la estremidad de este collar.

—Qué extraño medallon... repetia la condesa, pero de repente se dejó oír en la escalera un extraño ruido de pasos y de voces seguido de estas palabras:—socorro! deteneos! socorro!

La condesa corrió á abrir la puerta para saber lo que sucedia.

Reginold con los ojos chispeantes, los cabellos erizados y la espada desnuda en la mano penetró en la habitacion.

—Señora, señora, decia con voz trémula y ahogada el jefe de los criados, este caballero, á pesar de nuestra consigna, cansado de esperar en el zaguan, suponiendo que se le engañaba, suponiendo que vos y la señorita Georgina habeis partido... que el trineo no servia mas que para ocultar vuestra fuga, ha querido asegurarse por sí mismo y nos ha apaleado, herido, dispersado...

—Conservad vuestro papel, dijo por lo bajo la condesa á Georgina, hablad como yo hablaría.

(Continuará.)

## LOS DOS PRIMOS.

Armando de Brévannes y Jorge de Herbosville eran primos; altos, bien formados, de una figura agradable: la naturaleza les había dotado igualmente de ventajas físicas; en cuanto á su educacion, como hacian los mismos estudios en el mismo colegio y bajo la direccion de los mismos profesores, parecia que no debía establecerse la mas pequeña diferencia: sin embargo, la había muy inmensa, lo mismo que por parte de la fortuna.

El padre de Jorge, hijo único, varon de una familia que se había ilustrado en la carrera de las armas, había llevado la espada como sus antepasados; pero con una fortuna mas que modesta: el único legado que le fué posible dejar á su hijo era una gran cantidad de honor y una reputacion sin mancha; el ministro de la Guerra agregó á esto una plaza en un colegio real. Mr. de Herbosville tenia dos hermanas, con quienes la suerte se había mostrado menos rebelde con respecto á fortuna: la una, que había llegado á ser esposa de Mr. Brévannes el anquero, era la madre de Armando; la otra, que pasó á las Guadalupe en calidad de doncella, se había casado con un rico plantador llamado Dumesnil. Esta no gozó mucho tiempo del dichoso cambio efectuado en su posicion; al año de su matrimonio murió al dar á luz á una hija, que mas tarde encontraremos con el nombre de Lucia.

La diferencia que hemos señalado entre Armando y Jorge era pues la única ventaja del primero; lo contrario sucedió con respecto á la educacion, ó mas bien al provecho que habían debido sacar. Jorge poseia un juicio sano, un talento lógico; sus conocimientos, aunque numerosos, no eran superficiales; todo lo que sabía lo había estudiado con profundidad y con conciencia; rara vez habia sin ser provocado; pero entonces se le entendia perfectamente; tan natural y agradable al mismo tiempo que sólida era su conversacion, su estilo florido, templado, elocuente; era notable por su pureza y claridad; en fin, una gran modestia, que casi rayaba en timidez, coronaba este conjunto de cualidades raras y preciosas.

Armando era todo lo contrario; tenia poco talento y menos ciencia, escribia mal y no hablaba mejor, y dotado de un gran fondo de vanidad, ambicionaba todos los premios sin hacer jamás nada para obtenerlos. Con todo esto los había alcanzado y había salido del colegio con cierta reputacion, como si para adquirirla fuera preciso ser el discípulo mas indolente y perezoso de su division. Es un enigma, cuya solucion encontrarán nuestros lectores si quieren reflexiones, que cada día suministra una prueba del hecho que vamos á contar.



Armando recibió por vía de regalos una porción de libros, ya amenos, ya instructivos, que leía muy poco: Jorge, que los hubiera leído mucho, no recibía ni uno, y como es natural, muchas veces envidiaba la dicha de su primo. Pero de toda su biblioteca la obra que más excitaba su curiosidad era una magnífica edición de las poesías de Lamartine. Armando, que conocía esta debilidad de su primo, sacó con destreza gran partido de ella en la distribución de premios: el día del concurso se colocó al lado de Jorge, y le dijo:

—Si quieres ser buen compañero para mí, te regalaré un Lamartine.

—Habla, respondió Jorge con avidez, no puedo rehusarte nada: ¿qué exiges de mí?

—Poca cosa: baja un poco el brazo, abre tu diccionario y déjame copiar tu composición.

—¡Pero me propones una traición!

—¿Qué importa?

—¿No conoces que obrando así podemos perjudicar á nuestros camaradas? Si por casualidad fuera buena mi composición...

—Espero que sea excelente, y que se llevará el premio.

—Razon de más sería hacer perder una plaza á aquel cuya composición siguiese á la mía.

—¿Es decir que rehusas.

—No, acepto, respondió Jorge; pero quiero, ya que cometamos un fraude, que las consecuencias caigan sobre mí solo: toma mi composición, haz de ella lo que quieras; en cuanto á mí, me retiro del concurso.

¡Pobre y honrado niño! Las poesías de Lamartine le costaron un triunfo; su corazón debió palpar con mucha fuerza cuando en el solemne momento oyó salir de boca del profesor el nombre de su primo y cuando le vió listo y alegre lanzarse hacia el estrado en medio de aplausos, mientras que el verdadero laureado permanecía confundido entre la multitud.

Esta costumbre que contrajo en el colegio la había encontrado muy favorable á su ignorancia, á su pereza, á su amor propio, porque en el mundo no hay naturalmente recursos para la ocasión, y esta no tardó en presentarse.

Ya hemos dicho que Armando tenía una gran dosis de vanidad y de ambición: no le bastaba ser rico, quería ser considerado, deseo laudable sin duda cuando se busca en la consideración el precio de sus estudios y de sus servicios. Un bonito destino, un título, una condecoración, eran el objeto de sus deseos; las circunstancias le sirvieron á su antojo: aun no tenía veinticinco años cuando fué llamado en calidad de secretario al lado de un amigo de su padre, nuevamente promovido á las funciones de ministro del Interior. Seguramente era un buen debut en la carrera administrativa, el camino se abría delante de él seguro y rápido; su porvenir dependía únicamente del celo y de la inteligencia con que desempeñase el delicado empleo que le habían confiado. Por desgracia el celo se aviene muy mal con un temperamento apático, la inteligencia con un talento mal cultivado, y Armando reconocía lo mismo que en el colegio su insuficiencia: pero no se inquietó lo más mínimo: le era conocido el remedio.

Jorge, huérfano y pobre, arrojado, sin apoyo, sin protector en un mundo en que la intriga y la cábala constantemente alerta, impiden por todos lados el camino al mérito. Jorge, desprovisto de descaro y aplomo, ménos ocupado en hacer valer su talento que en adquirir nuevos conocimientos, vivía con bastante estrechez del producto de algunas lecciones y de una modesta plaza de copista en casa de un literato, gran autor de compilaciones. A Jorge, pues, se dirigió Armando; de este modo se grangeó razonables apuntes y un fuerte apoyo, cuya solidez conoció por experiencia, y entró con paso resuelto en un camino que no le ofreció ya ni dificultades ni obstáculos.

De este modo Jorge trabajaba, era el secretario de hecho; Armando recogía la gloria, era el secretario oficial. El ministro no sospechaba nada de este injusto tratado, que daba al uno el trabajo y á otro la recompensa; Jorge era demasiado leal para dejar de cumplir rigurosamente lo que consideraba como un deber; jamás salió de su boca una palabra indiscreta, y cuánto sufriría su amor propio cuando algunas veces oyó prodigar á su primo los elogios que él merecía.

Armando encontró tan cómodo el procedimiento y tan satisfactorios los resultados, que su primo llegó á ser indispensable en todas las circunstancias pequeñas ó grandes, aun en aquellas que nada tenían que ver con sus funciones. De modo que se descargó enteramente del cuidado de su correspondencia, en la carta más interesante lo mismo que en el billete más frívolo; solo una cosa le pertenecía, la firma. En fin, llegó á ser tan poderosa esta costumbre, que le fué imposible vencerla en una ocasión la más grave, la más importante de su vida, en la que nada en el mundo podía justificar ni aun excusar lo extraño de su proceder.

El padre de Armando desde la muerte de su cuñada mantenía correspondencia continua con M. Dumesnil, y aunque en ella se mani-

festaba los sentimientos más vivos de simpatía y cariño, no estaba desprovista de interés. M. Dumesnil sabía perfectamente que la casa Brevannes y compañía figuraban con honor entre las primeras casas de banco de París, y este por su parte no ignoraba que M. Dumesnil, aun vendiendo al más ínfimo precio sus productos coloniales, podía realizar un capital de dos millones. El colonó no tenía más hija que Lucía, Armando era hijo único del banquero: los dos padres, salvo el exámen de las cualidades morales de los jóvenes, habían concebido al mismo tiempo un proyecto de unión, que fué acogido por ambos con igual alegría cuando mutuamente se lo comunicaron.

Un día M. Brevannes llamó á Armando á su gabinete y le enseñó una carta de M. Dumesnil, en la cual estando de acuerdo en las condiciones de la futura alianza, autorizaba á su sobrino para escribir directamente á Lucía hasta el momento poco distante en que él se pusiese en camino para Francia, acompañado de su hija. Inútil es decir que Armando suscribió con gusto á un negocio que tan bien cuadraba con su vanidad: ¿qué le importaba saber si la mujer que le destinaban tenía sentimientos virtuosos, talento, buen corazón? Lucía era rica; además, á juzgar por el retrato que de ella le hacían, la belleza y las gracias de la joven criolla no dejaban nada que desear, ¿á qué pedir más? Con una mujer rica y bonita, no tiene una seguridad de marchar siempre entre envidiosos y admiradores, y de darse importancia en sus salones en medio de una porción de cortesanos y de esclavos? Solo una cosa evitaba que su alegría fuese completa, el permiso de escribir á su prima, permiso que á primera vista se podía considerar como un favor; pero en el que mirándolo más despacio solo se veía una prueba impuesta por un padre prudente al futuro esposo de su hija, á fin de enterarse á la vez de su talento y de la delicadeza de sus sentimientos.

Veinte veces cogió Armando la pluma y otras tantas la tiró, no encontrando nada que decir ó descontento de la manera con que explicaba lo poco que se le ocurría. Ya empezaba á deliberar si le valdría más renunciar á las ventajas que se ofrecían que cansarse en hacer una cosa superior á sus fuerzas, cuando exclamó de repente:

—¡Soy bien necio en atormentarme! ¿no tengo á Jorge que me sacará de mi apuro?

Y se apresuró á ir á confírsele á su primo, que esta vez no pudo menos de hacerle algunas objeciones.

—No te inquietes por nada, mi querido Jorge, figúrate que estás en mi lugar, representate á Lucía como un ángel de belleza y de virtud, y todo lo que escribas estará perfectamente. Únicamente me resignaré á copiar tu trabajo en estas circunstancias; conviene que las cartas esten escritas de mi mano... ¿qué quieres? todo cuesta trabajo.

Jorge se valió del medio que Armando le había indicado, y llegó á hacerse tal ilusión, que no hubiera estado más elocuente si hubiera escrito por su propia cuenta. Esta primera carta fué seguida de muchas otras en las cuales se complacía en prodigar todos los tesoros de su talento y de su alma. Estimulado por las contestaciones de Lucía, en que se manifestaban los sentimientos más puros de un corazón cándido y virginal, no solo daba cada vez á sus cartas un tono más apasionado, más persuasivo, sino que le parecía que su primo escribía muy de tarde en tarde, y no había razonamientos que dejase de emplear para demostrarle la necesidad de activar su correspondencia.

(Continuará.)

## EL ESTIO.

Mayo recoge el virginal tesoro  
Desciñe Flora su gentil guirnalda,  
Inquieto corre el manantial sonoro  
Del alto monte en la tendida falda.  
Tórnanse en campos de carmín y oro,  
Los que fueron de rosa y esmeralda,  
Y apenas riza su corriente el río  
A los primeros soplos del estío.

El prado fértil, la enramada umbrosa,  
El soto ameno, la fírraz ribera,  
Con voz desalentada y cariñosa,  
Despiden á la dulce primavera;  
Muere en su tallo la inocente rosa,  
Desfallece la altiva enredadera,  
Y con amargo y triste sentimiento  
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma  
La casta aurora su rosada frente,  
Derrama perlas y recoge aroma;  
Se abre la flor que su mirada siente;  
Repítese sus arrullos la paloma



Bajo las ramas del laurel naciente,  
Y allá por los tendidos olivares  
Se escuchan melancólicos cantares.  
Del aura dócil al impulso blando  
La rubia miés en la llanura ondea;  
Del dulce nido alrededor volando  
La alondra goza y de placer gorgoea;  
Las ondas de la fuente suspirando  
Quiebran el rayo de la luz febea,  
Y en delicados mágicos colores  
El fruto asoma al respirar las flores.

Corta el blanco perfil de la majada  
La noble encina que á tu edad resiste,  
En su copa de fruto coronada  
La vid de verde majestad se viste;  
A su pié la doncella enamorada  
Canta de amor, pero su canto es triste,  
Que en el profundo afán que la devora  
Amores canta cuando ausencias llora.

Del hondo valle en la alfombrada orilla  
Manso cordero del dolor sosiega;  
Se oyen los cantos de la alegre trilla,  
Suenan los ecos de la tarda siega;  
El sol en medio del espacio brilla,  
El cielo azul su majestad despliega,  
Descansan á la sombra los pastores,  
Y se abrasan de sed los segadores.

Cándido como sueño de esperanza,  
Puro y feliz como el amor primero,  
Su luz tranquila desde Oriente lanza,  
Sol de la noche, el virginal lucero,  
La nube oscura á disipar alcanza,  
El de la casta luna mensajero;  
Tiene en su nombre, y suspirando ella  
Sigue en pos enamorada y bella.

Castos y misteriosos corazones,  
De fé, de amor y de esperanza llenos,  
Que guardais las primeras ilusiones,  
De vicio torpe y de mentira agenos;  
Vosotros que en las hondas aflicciones  
Mirais el triste porvenir serenos,  
Venid que os da su celestial rocío  
La tibia noche del ardiente estío.

José SELGAS y CARRASCO.

### LA PAZ DEL ALMA.

A mi querido amigo D. José S. Ocaña.

Placeres ilusorios,  
vanas quimeras,  
que amargais á los hombres  
la vida entera,  
abridme calle  
por que de seducirme  
tratais en valde.

#### LA FAMA PÓSTUMA.

Sabes lo que desprecias  
mozo arrogante,  
ignoras que la vida  
del hombre grande  
es flor eterna  
que las generaciones  
cuidan y riegan.

YO.

Los que á caza de gloria  
se van sin génio,  
suelen tomar la ruta  
que vá al infierno;  
y es grande chasco  
hacerse prisionero  
de los contrarios.

#### EL PODER.

No ves ese magnate  
que airado mira,  
ante cuya presencia  
todos se humillan,  
que manda y vuela  
su voz como la furia  
de la tormenta.

YO.

Al que tiene en sus manos  
honra y provecho,  
los desagradecidos  
hacen perverso  
y á veces logra,  
pobre y aborrecido  
morir en horca.

#### EL DINERO.

No hay para mí imposible,  
soy el rey del mundo,  
por que el alma del hombre  
va en mis escudos.

La especie humana  
cuanto tiene y anhela  
lo vende y paga.

YO.

¡Todo el oro del mundo  
no puede darnos  
ni el instante de vida  
que despreciamos!...

¡La dicha es cosa  
que se vende, se aprecia,  
ni que se compra?

Gloria, tu laurel cubra  
la sien del génio,  
poder guarda tus goces  
al hombre escelso.

Divina gracia  
conservad en mi vida  
la paz del alma.

EDUARDO GASSET.

#### JEROGLÍFICO.



SOLUCION DEL PUBLICADO EN EL NÚMERO 29.

De árbol caído todos parten leña.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.